

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 750 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción, Mayor, 24.—Teléfono 143.—Administración, Plaza San Agustín, 7.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fiske, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalem-Strasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

Remedio, peor que la enfermedad

Mayor gravedad que la gravísima huelga de mineros de carbón en Inglaterra, tiene, á nuestro juicio, la forma de ponerla término, ya que damos por descontado que ella acabará con el bill tan expeditamente aprobado por la Cámara de los Comunes. Hace dos años, para cortar en sus comienzos un conflicto análogo, se impuso por ley á la industria carbonífera de Inglaterra la jornada de ocho horas; ahora se le impone, no el salario mínimo en realidad sino el salario mínimo que, por sí y ante sí, determinen los obreros mismos.

¿No es harto elocuente el hecho de que celebren todo eso como un altísimo triunfo los propagandistas del socialismo en todas partes? Pablo Iglesias lo declara en un periódico de anoche: detrás del triunfo "colosal" de los socialistas alemanes, la "victoria asombrosa de los mineros ingleses, y en pos de ella "la victoria total del trabajo."

Por lo que al problema de las minas se refiere, así como al triunfo de la jornada máxima siguió la campaña por el salario mínimo, que tan honda perturbación producirá en toda la economía de la industria carbonífera, sucederá la campaña, directa ó indirecta, por la nacionalización de las minas; y como la sociedad se va de día en día debilitando más y más, por las claudicaciones del Poder público, por la resistencia á la revolución, su triunfo vendrá, con cuanto él ha de significar de ruina, de miseria y de reacción en la tierra agotada del viejo mundo.

¿Por la fuerza de la revolución? No, sino por las debilidades del Poder público. Basta mirar serenamente á los hechos, para advertir que este movimiento del sindicalismo en Inglaterra coronado por el triunfo, es la obra de una minoría exigua del proletariado organizado. Los mineros del País de Gales, que sólo representan el 16 por 100 de todos los de Inglaterra, y que se hallan desde hace algunos años dominados y manejados por agitadores socialistas revolucionarios, no lograron hasta el pasado Diciembre que la bandera del salario mínimo fuere acogida con fervor por los demás, y entonces, en el plebiscito por el cual se acordara la batalla á cuyo término parece que asistimos, sólo 561.000 acudieron al referéndum, y de estos, 36-

lo 445 000 se pronunciaron por entablar la lucha.

En tales condiciones, manteniéndose el Poder público energicamente en la defensa del interés social, atajando las propagandas disolventes, ¿no es evidente que, en lugar de triunfar la minoría que ha triunfado, habría sido esta ahogada por la gran mayoría de los propios trabajadores, que abandonados por la sociedad y por el Poder á la tiranía sindicalista, se han dejado arrastrar por ésta á la miseria?

Lejos de proceder así, el Gobierno inglés se declaró desde el primer instante convencido de la legitimidad de las pretensiones obreras; pues en las negociaciones que para evitar la huelga entabló con obreros y patronos, tomó por base de ellas la pretensión del salario mínimo. Sancionada de esa suerte por el Poder público la pretensión fundamental de los huelguistas, ¿cómo no habían éstos de mantenerse energicamente en sus posiciones, ni cómo podía la sociedad en general levantarse contra ellos para impedirles el respeto al interés general?

Viene el Gobierno inglés moviéndose, bajo la presión del miedo, á una superchería que los sindicalistas explotan con fortuna: para éstos, todo lo que no sea acoger íntegramente sus pretensiones, es exclusivamente amparar al capital, convertirse en instrumentos ciegos y asalariados de la plutocracia. ¿Quién se atreverá en estos tiempos á arrastrar semejante vituperio? Puesta en moda la adulación á los supuestos humildes á los sedicentes desheredados de la fortuna, ¿quién osará el dicerio de amparador del capital, de valedor de la odiosa burguesía? No podía hacerlo un Gobierno como el de Inglaterra, que tiene á su cargo el haber agudizado é intensificado allí los odios de clase, como jamás pudiera imaginarse que ocurriera en la sociedad británica.

Pues allí, como dondequiera que por los gobernantes y por las clases directivas se dé acogida á aquella superchería del sindicalismo, la victoria de este será incontrastable. En huelgas menudas, en conflictos particulares de un grupo de obreros con su patrono, podrá el Poder público vacilar ante aquella acusación. En estos grandes movimientos del proletariado no es lícito, para quien se que sienta sobre sí la obligación de la defensa social, ver otra cosa que un avance de la revolución y

todo lo que no sea resistirla es desertar de aquella obligación, y entregarse íntegramente al cataclismo la civilización presente, con cuanto ella significa de progreso y de bienestar en la historia de los hombres.

Las negociaciones

Madrid 22-9 m

Se asegura que ha habido modificación en las proposiciones de España, respecto á las compensaciones.

Consiste en ceder en la zona Sur una pequeña faja, en la parte que comunica con el mar.

Algunos decían que España renuncia á las peticiones de territorios en Valle de Ulzaga.

EL DESCUARTE

NOTICIAS INCANDESCENTES

—Amigo don Homobono...
—¡Mi querido don Frollán!
—Ayer vine de la Corte...
—Bienvenido ¡voto á tal!
—Vengo loco, entusiasmado...
—¿Con la Guerrero y Borrás?
—Con mi niño...
—¿Con Bombita?
—¡Con Pepe!
—¡Válgame la...!
—Por fin hablé...
—Sin cortarse...
—¡Divino, piramidál!
—No tropezó, ni por pienso.
—¡Vaya una casualidad!
—¡Qué abundancia de pleonasmos!
—¡Qué chorro!
—¡Qué barbián!
—¡Qué imágenes tan pulidas!
—¡Qué tropel!
—¡Qué tropical!
—Nos habló de alcantarillas, con lenguaje singular.
¡Qué manera de meterse... en el cráter del volcán!
¡Cómo declamó la frase:
Está oscuro...
—Y huele mal!
—Descuartizó el caciquismo... con mucha sombra...
—¿Y qué más?
—De los comercios políticos maldijo la impunidad, al grito ¡abajo los gremios!
revolvióse fiero, audaz.

Echó sapos y culebras por la boca...
—¡Qué caimán!

—Y para colmo de epítetos, mostróse burdo al final.
Con la faz desencajada...

—¡Qué espantosa es esa faz!

—Con los ojos fulgurantes...

—¡El rayo, la tempestad!

—Y con los brazos abiertos...

—A manera de compás...

—Empinado y fugitivo, bramó el héroe tutelar:

"Los amigos de Maestre me quieren asesinar".

Vivo casi de milagro...

—¡Gran mentira que es verdad!

El Congreso, estupefacto, recrimina al criminal,

y el presidente murmura:

¡Ya dice papá y mamá!

Filigrana.

Callejeando

Ayer me levanté displicente y retróchero, como dice el concejal de los ojos-faros.

Sali á la calle, y topéme con el Mayor Monstro cartagenero. Le seguía un petimetre, barb-lindo y boquirubio; y á éste, un angelote guasón, sin pelo de barba, que tarareaba el terceto

De la Fábrica de Trubia, yo soy el cañón...

En la calle de Jara, y á la puerta del cuartel democrático, excitó mi curiosidad una llamativa pareja: Un político, en traje de caza, y Enrique el de las Mercedes, con toga, alquilada de legislador plusquamperfecto.

Accionaban con desembarazo, y en su gesticulación se advertía la proximidad del enlace. El Conserje del Circulo dirigía la barriada del local, miraba enternecido á los amantes, y sugestionado, por el cachondo vals de los besos, canturreaba con premeditación y alevosía:

Cádate, cádate, cádate.

Me alejé rápidamente de aquel foco de amor á lo piñero, ú sea libre, y corri hacia la Glorieta. En el Banco había cola: Pepe, el melodramático, había ordenado, *arbis et orbe*, la retirada de fondos, y el ingreso de los mismos en las exhaustas cajas del Crédito Agrícola.

Algunos protestantes recorrían los grupos y Apolí, con botines, pala-

deaba las excelencias de los futuros botines.

Los curiosos embobaban el coro de «Los inútiles».

«Presto al 60 por 100, ¿quién le doy un sablazo?—¿quién llevo al vilipendio? Hoy la nómina cobraamos...»

Me aparté furioso de aquellos lugares non sanctos y di con mis huesos en la Casa del Crimen. ¡Qué horror! En una sala del piso bajo, ochenta matones, atléticos y pujantes, esgrimían puñales envenenados, cuchillás de zapatero y navajas barberas. ¡Qué músculos de acero! Los brazos derechos desnudos, alzabanse vengativos, caían iracundos y hundían, rapaces, las afiladas armas en estupendos maniqueos de corcho.

Los aprendices de asesino inmolaron á sus víctimas resignadas, con música de "los puritanos..."

Sonne la trompa intrepida á puñalata forte...

Acabóse el simulacro, desfilaron los verdugos, y oyóse, como conversación de moscas, el siguiente diálogo comprimido:

—¿Cuándo será el golpe?

—Cuando vuelvi de Madrid.

—Zamota, vglita.

—D. José, esfumémonos,

Me fui al Ayuntamiento: había sesión en *petit comité*; cuatro padres de la patria chica, departían amistosamente. Un chusco, trinaba á media voz:

"Serafina, mi vecina, tiene un novio de la China."

Por la calle Mayor, paseaban el Vivillo, el auténtico Vivillo, y varios villitos apócrifos, vivos, y algunas Viboras.

En las Puertas de Murcia, vi un piso desajustado (ay!), en la calle de San Fernando, siete barrenderos, de la rama Coburgo-Golha, buscaban sus actas entre la basura del arroyo; en el Barrio, dos consumidores (pateadores honorarios) *átracaban* á una Señorona, semi ébrios y semi-hotentotes; y á la puerta del Club de Regatas, el Gran colector de la Cámara de los Comunes, se arrancaba por *peteneras* del género insípido:

"Señor Alcalde Mayor, no se vaya usted á la Corte; porque á Pepe no le gusta merendar competidores."

Un desocupado.

Las cerillas

Madrid 22-9 m

El periódico «Diario Universal» desmiente que Navarro Reverter progrese el monopolio de cerillas.

La solicitud de datos hecha por el ministro obedece á formular el balance para conocer con exactitud la situación de la Hacienda.

DE SOCIEDAD

Hemos tenido el gusto de saludar á nuestro querido amigo y paisano el bizarro comandante del regimiento de África D. José de Celis Hernández, que tanto se ha distinguido en la campaña de Melilla.

Para asuntos profesionales ha marchado á la Corte nuestro buen amigo D. Diego Hernández. Le deseamos un feliz viaje.

Acompañado de sus bellas y simpáticas hijas Concha y María ha regresado de Valencia la distinguida señora viuda del Sr. Gil de Avalué.

Se encuentra en esta nuestro querido amigo y paisano el capitán de Intervención Militar don Joaquín Basilio.

Notas municipales

La sesión de hoy.

A las once de la mañana de hoy se ha reunido en cabildo ordinario nuestra excelentísima corporación municipal, bajo la presidencia del alcalde interino don Vicente Serrat, y con asistencia de los señores don Julio Minguez, don Mariano Galvache, don Eduardo Espin, don Salvador Ros, don Mannel Hernández Navarro, don Mariano Gil de Prreja, don José Hernández Navarro, don Francisco Jorquera y don Francisco Sánchez de las Matas.

Leída el acta de la sesión anterior por el Sr. Secretario D. José Carreño, se procedió al despacho de los asuntos señalados en la orden del día que fueron los siguientes:

Dictamen de la comisión de alumbrado en la instancia de don Angel de la Iglesia, referente á pago de la cantidad que se le adeuda por alumbrado público.

val, al soberbio morisco que anstaba á poco derramar su sangre con sus terribles matadoras celos! ¿Qué ha sucedido aquí,—pensaban los hidalgos,—que el moro rebelde y sentenciado á ser colgado de la horca, se presente orgulloso y trocado de pronto en regidor y tesoro de S. M.? ¿Cómo es que la señora Doña Juana, que há poco estaba loca y que ha recuperado la razón y el amor de su esposo por un milagro inexplicable, abraza á su rival públicamente y consiente gozosa, que la acaricie y bese su marido? ¡Y esa impúdica esclava, si bella licenciosa y despreciable, se hace anunciar ante esta honrada concurrencia como ilustre doncella y con un Don prestado ante su nombre!—Y según murmurando hidalgos, damas y doncellas. —¿Cómo explicarse puede que el fanfarrón de Yeste, eterno autor de osadas aventuras, tan valiente y gallardo cuanto pobre, cifra la roja banda y obtenga cual príncipe, el amor de la noble Doña Inés, en cuya guarda viene rozagante tratando de humillarnos con su mirada activa y desdefiosa? ¿Y cómo la señora Doña Inés, tan noble, rica y bella, ama á ese soldadote sin fortuna, y, lo que más asombra, apadrina á la esclava y la introduce audaz entre nosotros?

Tales áridos problemas preocupar consiguientemente á cuantos nobles convidados poblaban el sa-

del saao hicieron las delicias del concurso hasta las doce en punto de la noche, que jamás nuestros padres, pacatos por demás en sus cosmúres, se permitían pasar de aquella hora.

Y volviendo sus ojos al Alcalde.

—¿Queréis honrártos,—dijo,—contestando á mi hermano?

—Que me place, señor Don Nicolás,—le contestó el Alcalde cortesmente.

Y sacando un papel de su ropilla leyó su contenido con vigorosa entonación, en medio de un silencio y de una expectación extraordinaria.

Contenia aquel papel un fiel y bien escrito extracto, lleno de discreción para evitar sonrojos, de los sucesos ocurridos, con el cual se probaba de la manera mas fehaciente, el origen de Zara y la inocencia de ésta y de su hermano.

Llegó á su colmo la estupefacción.

Luego se dió lectura por el notario Cosme Soldevilla, de la escritura de esponsales entre la ilustre Doña Zara y el noble regidor Luis de Narváez, siendo padrinos sus hermanos: dióse también lectura de otra escritura semejante, por la cual contraían los mismos dulces lazos, el capitán Bartolomé de Yeste y la noble señora Doña Inés, apadrinados á su vez por el señor Juan de Tudela y su muy noble esposa Doña Leonor Martínez de Cisneros.

Ambos contratos de esponsales obtuvieron las firmas de todos los hidalgos que allí habla.

Después rompió la danza, y las dulces encantos